

»firme, considerando que nos castigamos mucho mejor á
 »nosotros mismos con un arrepentimiento tranquilo y
 »constante que con reconvenciones ágras y coléricas. En
 »cuanto á mí, decia, no quisiera despues de una caída de
 »vanidad, por ejemplo, reprender á mi corazon con estas
 »palabras: Eres muy miserable y abominable, puesto que
 »despues de tantas resoluciones te has dejado llevar de la
 »vanidad. Muere de vergüenza; no levantes ya mas los
 »ojos al cielo, ciego cínico y desleal á tu Dios; sino que
 »quisiera corregirle razonablemente y por via de compa-
 »sion, diciéndole: Mira, pobre corazon mio, cómo hemos
 »caído en el foso que queríamos evitar; levantémonos, es-
 »peremos en la misericordia de Dios y volvamos á empen-
 »der el camino de la humildad. ¡Animo! estemos mas en
 »guardia, que ayudándonos Dios haremos mucho; fundan-
 »do en esto una firme resolucion de no volver á caer.»
 «Cuando nos sucede que cometemos una falta, dice en otra
 »parte, es preciso corregir á nuestro corazon dulce y tran-
 »quilamente, sin irritarnos ni turbarnos.» (1) «Postrémonos
 »ante Dios, añade en otro lugar (2), para decirle en espí-
 »ritu de confianza y humildad: Misericordia, Señor, porque
 »estoy enfermo; y luego levantémonos con paz, anudemos
 »el hilo de nuestros afectos y continuemos nuestra obra.
 »Es preciso que suframos nuestra propia imperfeccion,
 »para alcanzar la perfeccion; que tengamos paciencia con
 »nuestros propios defectos trabajando en corregirlos, para
 »lo cual debemos empezar todos los dias y no creer nunca
 »que hemos hecho bastante.»

(1) Carta DCCC.

(2) Carta DLXXXII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, sec. XIX; p. XVIII, sec. XX y XXI.

CAPITULO XI.

Su celo (1).

Estamos habituados á mirar la dulzura como la virtud dominante y característica de Francisco de Sales; y si su nombre se ha conservado en la Iglesia, suave como un delicioso perfume, es porque en la apreciacion comun, este nombre se identifica con la dulzura misma. La santa Madre Chantal, sin embargo, juzgaba de un modo muy diferente de su bienaventurado Padre. A pesar de la alta idea que tenia de su dulzura, consideraba que habia en él una virtud mas dominante aún, y era el celo por la salvacion de las almas. Tal era, en efecto, el celo de este hombre apostólico, que no podia pensar, sin sentir su corazon traspasado, en la desgracia de los pecadores que se condenan, ó en el peligro de las almas que se relajan en el camino de la virtud. Esto le hacia derramar lágrimas amargas, y gemir dia y noche; y si los otros negocios venian á veces á distraer su espíritu, se le oia así que le volvía de nuevo aquel pensamiento, suspirar como un hombre á quien se toca en una llaga abierta. «¡Oh, Señor! decia, haced que estos ciegos vean; decid una sola palabra y serán curados; convertidos, y quedarán convertidos.» En la época del Carnaval escribia á la Madre Chantal (2): «Aquí me teneis sumido en este triste tiempo; á pesar de lo miserable y detestable que soy, tengo el corazon abismado en el dolor, viendo tantas almas que se descuidan en sus deberes. Estos dos últimos domingos, muchas Comuniones se han reducido á la mitad, y todo por seguir la vanidad. ¡Oh, qué sensible me es esta desercion!» La primera vez que celebró de pontifical en su catedral en la fiesta patronal de San Pedro Advincula, no pudo contener

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 44, p. 169; art. 47, p. 187.

(2) Carta DCXLIII.

sus lágrimas; y despues del oficio, se retiró á la capilla de San Pedro para llorar con mas libertad. Habiéndole preguntado su hermano Luis de Sales la causa de su dolor: «¡Ay! le dijo, veo á mi iglesia de Ginebra aherrojada »con las cadenas de la herejía y del pecado; y para romperlas, en vez de un ángel solo me tiene á mí, vuestro »hermano, miserable pecador.» «Sí, decia á la Madre Chantal en otra ocasion, las cadenas de San Pedro, á quien mi »iglesia está dedicada, ligan estremadamente á mi corazon »y le oprimen con fuerza, cuando veo que la divina Pro- »videncia ha permitido que mi diócesis sea la silla de la »herejía.» (1) Nunca cantaba en el coro, ó rezaba en su oficio el salmo de los Israelitas desterrados en Babilonia, *Super flumina Babylonis*, sin que le viniesen las lágrimas á los ojos con el recuerdo de su amada Ginebra, de la que se veía desterrado, no porque desease las riquezas, sino porque se afligia al ver perderse tantas almas. *Da mihi animas*, decia, *cætera tolle tibi*; dadme las almas, que yo no deseo mas que eso (2).

Por otra parte, la alegría de su corazon era incomparable cuando veía á las almas convertirse y darse enteramente á Dios, como refiere él mismo en una carta que escribia á la santa Madre Chantal, al salir de una mision donde habia estado confesando sin descansar dia y noche. «Estos dias han sido para mí preciosísimo oro, le decia. »¡Oh, qué consuelo me ha causado la conversion de un »gran número de almas! He hecho la recoleccion con lá- »grimas, en parte de alegría, en parte de amor, en medio »de mis queridos penitentes. ¡Oh, Salvador de mi alma! »qué gozo ver entre otros á un caballero de veinte años, »bizarro como el dia, valiente como su espada, volver á »la religion católica, acusarse tan santamente de todos sus »pecados, que se veía claramente en él la accion de la »gracia y sus secretos movimientos, elevados y admira-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 1.º de agosto.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. XX.

bles, para volverle á la senda de la salvacion. ¡Cuán fuera de mí estaba, y cuántos besos de paz le di!» (1)

Así toda la vida de este hombre apostólico fué una inmolacion continua de sí mismo en bien de las almas, hasta el punto de dejar el servicio que miraba directamente á Dios, para ir á donde le llamaba el servicio del prójimo; diciendo á menudo, que su dicha sería morir por la conversion de las almas, ó ser enviado por el Papa á las Indias, al Japon ó á Nicópolis, cuyo título habia llevado cuando coadjutor, para predicar allí la fe con peligro de su vida (2). «No temais importunarme, escribia á un sacerdote (3); he »sacrificado mi vida y mi alma á Dios y á su Iglesia, y »¿qué importa que me incomode con tal que pueda hacer »algo por la salvacion de las almas? Para la caridad no »hay pena que no sea muy amada: *Ubi amatur, non laboratur; vel si laboratur, labor amatur.*»

La alegría suprema en este mundo, á su parecer, era ganar un alma á Dios. Antes que dejar el cuidado de los pecadores, preferiria dejar mil mitras y báculos si los tuviera. A veces, en sus viajes, bajaba del caballo, para confesar y consolar en medio del campo, á los pobres que querian confiarle sus pesares (4); y cuando sus compañeros de viaje se quejaban: «Soy Obispo para los pecadores, »les contestaba, pastor para las ovejas enfermas, y médico »para los que sufren.» Habiendo un dia encontrado en su camino á un pobre caido en tierra, se aproximó á él, reconociendo que estaba herido de muerte, pero que su alma se hallaba mas enferma aún; porque este desgraciado, en vez de pensar en la eternidad, á la que estaba próximo á entrar, no hacia mas que maldecir de su enemigo, y jurar que se vengaría y que denunciaria el atentado al juez criminal. «Amigo mio, le dijo el santo Obispo, mas teneis

(1) Carta LII.

(2) Dep. de Langin.

(3) Carta CCXXI.

(4) Dep. de Moquet.

»necesidad de un sacerdote y de un médico que del juez
 »yo me encargo de hacer venir á un médico; pero entre-
 »tanto, os ruego pongais en órden vuestra conciencia.»
 En seguida, aproximando su oído á la boca del desdicha-
 do, escuchó su confesion, le hizo deponer todo pensa-
 miento de venganza, y devolvió á su alma, con la dicha
 de la inocencia recobrada, la paz y la resignacion.

Este mismo celo le hacia asistir con gusto á los cri-
 minales condenados á muerte, para ayudarlos á bien mo-
 rir; y despues de haber oido su confesion, volvía á menu-
 do á verlos para prepararlos al último paso, sugiriéndoles
 de tiempo en tiempo actos de fe, de esperanza y de cari-
 dad, de contricion, de resignacion con la voluntad de Dios
 y de abandono en su misericordia. «Besando amorosamen-
 »te los pies de la justicia de Dios, les decia, es como se
 »llega con seguridad entre los brazos de su misericordia;
 »porque escrito está, que los que esperan en su bondad no
 »serán confundidos.» Estas dulces palabras llenaban su
 corazon de tanta confianza, que se vió á algunos ir á la
 muerte con alegría y contento, diciendo como San Agus-
 tin: «Vale mas morir amando á Dios, que vivir ofendién-
 dole.» (1)

A este gran celo fué al que debió la Iglesia la conver-
 sion de setenta y dos mil herejes, veinticinco mil en el
 Chablais y en las provincias vecinas, y otros cuarenta
 y siete mil en los demás lugares donde dirigió sus pa-
 sos (2). De aquí tambien aquella inmensa correspondencia
 con las almas, dispersada en diferentes provincias, para
 dirigirlas por los senderos de la perfeccion; de aquí aquel
 ardor por la santificacion de sus sacerdotes, que era á sus
 ojos la primera condicion de la reforma de los pueblos;
 de aquí tantos sínodos y constituciones, tantas exhorta-
 ciones apremiantes para la exacta observancia de los cá-
 nones, tantos remedios de todas clases, que hicieron del

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, s. VI.

(2) Dep. de Largin.

clero de su diócesis el mas regular y ejemplar de la Igle-
 sia; de aquí, por lo que á él mismo concernia, esos traba-
 os continuos y esa abnegacion incesante por el mayor
 bien de las almas. «Una multitud de personas acuden á
 »mí, escribe á la santa Madre Chantal, para saber cómo se
 debe servir á Dios. Ayudadme con vuestras observaciones,
 »pues aunque tengo mas ardor que nunca, ya veis que
 »son tantos los hijos que se arrojan en mis brazos, que
 »perderé la fuerza si el amor de Dios no me aumenta el
 »vigor.» De aquí tantos escelentes escritos para evangeli-
 zar á los que no podia llegar su palabra, tantas escursio-
 nes apostólicas, tantas visitas pastorales á través de las
 montañas y de las rocas, tanta asiduidad infatigable para
 predicar á todas partes donde iba, dentro ó fuera de su
 diócesis.

Desde su entrada en el estado eclesiástico hasta su úl-
 tima enfermedad, tuvo por principio no rehusar ninguna
 invitacion para anunciar la divina palabra (1). Casi todos
 los años predicaba en alguna parroquia las misiones del
 Adviento y de la Cuaresma, y en estas misiones predicaba
 casi todos los días. Cuando estaba en Annecy, se pasaban
 pocos domingos y fiestas en que no predicase en alguna
 Iglesia, y esto sin contar las ocasiones que se presentaban
 durante la semana; y cuando salia de Annecy, á cualquier
 parte que fuese, tanto lejos como cerca, evangelizaba á los
 pueblos ávidos de oírle, lo que le hizo decir poco antes de
 su muerte, que habia predicado durante su vida mas de
 cuatro mil sermones (2).

En todas sus predicaciones, un solo sentimiento le
 conducia al púlpito, y este era el celo por la gloria de Dios
 y la salvacion de las almas; celo tan purificado de todo
 interés humano, que predicaba con tanto gusto en el cam-
 po como en la ciudad, delante de los pobres como de los
 ricos, como hemos podido notar á menudo en el curso de

(1) Dep. de Favre.

(2) Dep. de Santa Chantal, art. 35, p. 125.

esta historia. Aunque el auditorio se redujese tan solo á unas cuantas personas, les dirigia la palabra con el mismo ardor que en medio de las asambleas mas numerosas. «Nunca estoy mas contento, decia, que cuando al subir al púlpito veo poca gente, pues una esperiencia de treinta años me ha demostrado que entonces es cuando se saca mas fruto; he visto siempre á la predicacion producir mayor bien en las pequeñas concurrencias que en las grandes. Por eso, decia, ni un grande auditorio me alienta, ni uno pequeño me desanima; con tal que alguno quede edificado, eso basta.» (1)

Su modo de predicar estaba muy lejos de ser estudiado, preparando sus sermones lo mas frecuentemente paseándose y meditando en un santo recogimiento, lo que era para él como un foco de luz que le iluminaba sobre lo que debia decir. Hablaba luego en el púlpito de una manera sencilla y enteramente apostólica, únicamente preocupado por el deseo de ser útil á las almas. «He notado siempre, dice un testigo interrogado en el proceso de su beatificacion (2), que predicaba apostólicamente, buscando solo la salvacion de las almas y no el aplauso de las criaturas. Una vez se detuvo de repente en el púlpito, habiéndose apercebido de que su palabra halagaba demasiado los oidos de sus oyentes, que estaban á punto de aplaudir, y tomó un estilo mas sencillo, y mas propio para que se olvidaran del orador, con el fin de que no pensaran mas que en el fondo de las cosas.» «Aclaraba todo lo que decia, cuenta otro testigo (3), con palabras tan inteligibles, con comparaciones tan sensibles y con esposiciones tan claras, que las personas mas rústicas comprendian y referian al salir de la iglesia, con un contento incomparable, las hermosas enseñanzas que habian recibido de su boca.»

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. II, s. XXXVIII.

(2) Dep. del abad de Monai.

(3) Dep. de Passis.

Tal era en efecto la idea que habia concebido del modo de anunciar la palabra de Dios, no pudiendo sufrir ni afectacion en el estilo y en los pensamientos, ni flores que no pudiesen producir frutos. «Aunque sea loable, decia, emplear los vasos de los egipcios en el adorno y servicio del tabernáculo, esto debe hacerse sobriamente. La interpretacion del Evangelio debe ser conforme á su sencillez, y es necesario guardarse de acicalar la palabra de Dios. Lo que prueba en favor de un buen predicador, añade, no es que se esclame: ¡Oh, que bien ha hablado, qué hermosas cosas ha dicho! sino que se diga hiriéndose el pecho: ¡Oh, yo viviré mejor en adelante; qué necesaria es la penitencia; qué hermosa es la virtud; qué odioso el pecado; qué amable la cruz; este sermón nos servirá de reconvencion el dia del juicio si no hacemos buen uso de él. La enmienda, en fin, de la vida y no los discursos, es lo que da testimonio del sermón.» (1)

Así, cuando oia hablar de algun predicador célebre: «¿Cuántos de sus oyentes se han convertido? preguntaba;» y sobre esto fundaba su juicio. Un dia en que un predicador de mucha fama habia predicado en su presencia y todos decian de él maravillas, llamó aparte á unos de los admiradores: «Y bien, les dijo, ¿qué fruto habeis sacado del sermón?» Uno hizo exclamaciones sobre el mérito del orador sin mezclar ninguna reflexion útil, pero otro, mas ingénuo, contestó francamente: «Si yo le hubiera entendido, sería señal de que habria dicho cosas muy ordinarias y comunes, pero su mérito es haber dicho cosas tan altas y sublimes que estan fuera de nuestro alcance;» de todo lo cual deducia el santo, cuán obligados estan los ministros del Evangelio á procurar no brillar, sino instruir y edificar.

Por lo que á él tocaba, no hablaba nunca en el púlpito sino bajo la impresion de este pensamiento y el fuego vivo y penetrante de sus miradas; en las que se leia el celo que

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XV, s. IX; p. III, s. III y IV.